

1ª MEDITACIÓN

PISTAS PARA LA ORACIÓN PERSONAL

- » Agradecer al Señor el regalo de nuestro bautismo y los familiares que nos condujeron a la fuente bautismal. Recordarlos.
- » Recorrer mi historia de participación en la Iglesia: los dones recibidos, las personas que intervinieron, mis catequistas, mis formadores, mis pastores. Agradecerlos a Dios.
- » Las tareas que he realizado y lo que he aprendido y recibido a través de ellas. Las amistades que se han creado.
- » Reflexionar sobre los aportes que he hecho a la vida de mi comunidad y mis actitudes negativas que la han debilitado.

Meditar algunos textos bíblicos:

- Juan 8, 12: "Yo soy la luz del mundo"
- Ezequiel 36, 23 al 28: "Les daré un corazón nuevo"
- 1 Corintios 12, 4 al 13: "Formamos un solo cuerpo"
- Hechos 2, 42 al 47: las primeras comunidades cristianas.



Un pueblo ungido
por el **Espíritu Santo**

Un pueblo ungido por el **Espíritu Santo**

1. Un día nuestros padres y padrinos nos llevaron a la fuente bautismal. Era una verdadera fiesta. Todos muy arreglados y contentos. Tal vez vinieron parientes y amigos de muy lejos a compartir la alegría de nuestra familia. Ese día, el agua pura del bautismo derramada sobre nuestras cabezas nos otorgaba un nuevo nacimiento: nacíamos a la vida cristiana, nuestro Padre/Madre Dios nos acogía como sus hijos e hijas y nos incorporaba a su familia: el Santo Pueblo de Dios, la Iglesia de Cristo.
2. Nuestros padres y padrinos encendieron del cirio pascual una vela para que nunca nos olvidemos que hay alguien que venció la oscuridad y está dispuesto a iluminar a todo hombre y mujer que viene a este mundo: Jesucristo, luz del mundo (Jn 8, 12a). Todos pasamos por momentos de oscuridad que nos llenan de desánimo y tristeza. Es el momento de acercarnos al Señor Jesús y confiar en su promesa: "quien me siga no caminará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida" (Jn. 8, 12b)
3. Finalmente, el sacerdote o el diácono nos ungió con el Santo Crisma, signo de la acción del Espíritu Santo en nuestros corazones. Se cumplía así la profecía de Ezequiel: "Les daré un corazón nuevo y les infundiré un espíritu nuevo; arrancaré de su cuerpo el corazón de piedra y les daré un corazón de carne" (Ez 36, 26). Un corazón capaz de sentir amor, compasión, alegría, esperanza. Tal vez los golpes de la vida nos han endurecido el corazón y se ha instalado en nosotros la indiferencia y el egoísmo. Sin embargo, las semillas de un corazón nuevo, como el de Cristo, están colocadas en nosotros desde el día de nuestro bautismo. Hoy somos invitados a regar esas semillas para que den buenos frutos.
4. Así, entonces, fuimos bautizados en el nombre de la Santísima Trinidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo y adquirimos una dignidad que nadie nos puede quitar. Este es el fundamento de la igualdad fundamental que tenemos todos los bautizados y bautizadas al interior del Pueblo de Dios y de nuestro derecho a participar activamente en él y ejercer diversas responsabilidades según los carismas que el Espíritu Santo ha regalado a cada uno, para el bien de todos. Dice San Pablo: "A cada uno se le otorga la manifestación del Espíritu para común utilidad" (1Cor 12, 7).
5. Debemos al Concilio Vaticano II (1962-1965) esta nueva conciencia de ser todos integrantes del Santo Pueblo de Dios para construir un mundo

nuevo en que reine la paz, fruto de la justicia, la fraternidad, la libertad y la solidaridad. Deberíamos leer y meditar el precioso capítulo II de la Constitución "Lumen Gentium", titulado "El Pueblo de Dios", para captar la riqueza y la profundidad de este modo de entender y vivir la Iglesia.

6. Los Obispos en Chile felizmente asumieron esta nueva mirada sobre la Iglesia y promovieron la participación de todos los bautizados, hombres y mujeres, niños, jóvenes, adultos y ancianos en la vida y misión de nuestra Iglesia. Miles de laicos y laicas han trabajado como catequistas, coordinadores de Comunidades Cristianas, encargados de pastoral social, de liturgia, de pastoral juvenil, de comités económicos, de pastoral educacional, etc. Otro tanto hicieron los Movimientos Apostólicos, constituidos y dirigidos por laicos, presentes en el mundo del trabajo, de las organizaciones sociales y políticas, del mundo de la cultura, etc.
7. El Papa Francisco ha retomado con fuerza este concepto de Iglesia. No es casualidad que haya titulado la carta que nos envió el 31 de mayo del año pasado: "Al Pueblo de Dios que peregrina en Chile". Y ha recordado a aquéllos bautizados y bautizadas que han recibido una vocación especial dentro de este Pueblo Santo a no olvidar nunca que son, ante todo, parte de él y están a su servicio. Decía en esta carta a los diáconos, religiosas y religiosos, sacerdotes y obispos que "desenraizarnos de la vida del Pueblo de Dios nos precipita a la desolación y perversión de la naturaleza eclesial". Cuando los servidores se creen superiores y actúan como tales, la Iglesia cae en perversiones como el clericalismo, el elitismo y el autoritarismo que pavimentan el camino para los abusos de conciencia, de poder y abusos sexuales.
8. Los bautizados y bautizadas estamos invitados a vivir nuestra fe no aisladamente sino constituyendo verdaderas comunidades cristianas, como en la Iglesia de los primeros siglos. Su testimonio de oración, fraternidad, solidaridad y vida eucarística impactaba al mundo pagano y generaba atracción. Nos relata el libro de los Hechos de los Apóstoles que "alababan a Dios y todo el mundo los estimaba" y que "el Señor iba incorporando a la comunidad a cuantos se iban salvando" (Hech 2, 42-47). Hoy, en una cultura marcada por el individualismo y el materialismo, necesitamos más que nunca vivir comunitariamente nuestra fe y cuidar nuestras comunidades. Será el primer paso en la evangelización de nuestros barrios y poblaciones.